

La noche en que la Cibeles «bebió» dos cuartillos de vino de Monforte

La revista «Vida Gallega» relató el curioso episodio acaecido en torno a 1911

LUIS DÍAZ
MONFORTE / LA VOZ

El número dedicado a la vendimia que publicó a mediados del pasado siglo la revista *Vida Gallega* rescata una curiosa anécdota acaecida en Madrid en torno al año 1911. La narra desde esa ciudad, en la que residía por aquel entonces, el escritor y abogado Manuel Hermida Balado, antiguo cronista oficial de Monforte, en un artículo titulado *¡Hasta la Cibeles lo bebió!*. Lo que «bebió» la diosa que corona la fuente madrileña fue vino procedente de Monforte, obsequio de un tabernero de la capital, natural de la parroquia monfortina de Chavaga, en señal de agradecimiento a su ciudad de acogida. La «humorada», como la cataloga Hermida Balado, contó con la colaboración de la autoridad municipal y fue tan sonada que acabó enriqueciendo al cantinero.

Al tabernero Hermógenes Neira lo arrojaba en aquel peculiar episodio, según relata Hermida Balado, su «paisano y amigo» Ricardo Rodríguez Vilaríño, primer teniente de alcalde de Madrid, y originario del municipio de A Pobra do Brollón, que ejercía de alcalde accidental. Antes de la ofrenda a la Cibeles, desfilaron de madrugada por el centro de Madrid «seguidos de todos los empleados gallegos del municipio, que no eran pocos, unos vestidos con las dalmáticas de los maceros y otros con los chaqués que se conservaban en el guardarropa consistorial a disposición de los ediles».

En la calle Huertas

Hermógenes Neira, detalla Hermida Balado, «era natural de Chavaga y su riqueza la componían la taberna abierta al público en la calle de las Huertas (creo que en la misma casa habitada durante largos años por el distinguido gallego don Santiago Regueiro, secretario general que fue del Banco de España) y una viña situada en un monte coronado por los vestigios de un castro romano y quizás por eso denominado Monte Castelo, próximo al mencionado lugar de Chavaga».

En ausencia del alcalde titular, y según el artículo publicado en *Vida Gallega*, Rodríguez Vilaríño —concejal republicano elegido en 1909 por la circunscripción madrileña de Buenavista— llegó a ocupar «la primera poltrona municipal», circunstancia que fue aprovechada por el tabernero «para demostrarle por una petición que le hizo un sen-



En el monte monfortino de O Castelo, de donde procedía el vino, todavía queda una viña. ROI FERNÁNDEZ

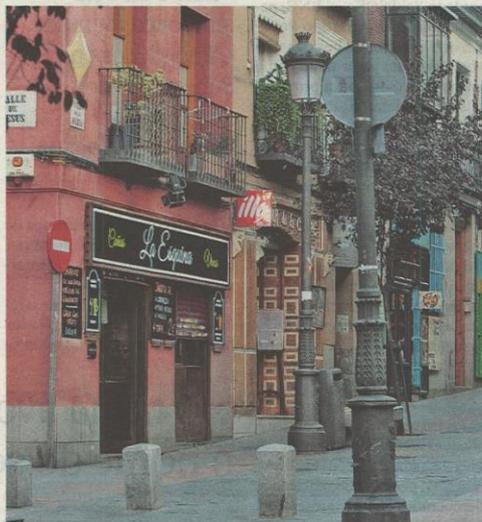


El artículo de Hermida Balado

Rodríguez Vilaríño, alcalde accidental de la capital, se sumó a la peculiar ofrenda

tido de la publicidad comercial que en estos tiempos nuestros de ahora, calenturientos de propagandas excesivas, bastaría para hacerle rico sin la práctica habitual de echar vino al agua, que es lo que las lenguas dicen que hacen actualmente los taberneros en lugar de aquello otro».

El antiguo cronista oficial repara en la «exquisitez» de los vinos que se cosechaban entonces en las viñas del monte próximo a Monforte, que eran trasladados a Madrid para Hermógenes Neira «con todo lujo de precauciones para que no se maleasen», y así poder administrarlos en su taberna «para halago de los pa-



La madrileña calle Huertas, donde estaba la taberna. BENITO ORDÓÑEZ

ladares de sus clientes predilectos». «Aunque en calidad de consumidor moderado, figuraba entre aquellos el señor Rodríguez Vilaríño, y Neira le propuso, decía que por gratitud a Madrid que le había proporcionado medios de vida, mujer e hijos, un original homenaje a la Cibeles vertiendo en el pilón de su famosa fuente dos cuartillos del vino del Monte Castelo», detalla Hermida Balado.

Delante del Casino

El carácter «jovial» de Rodríguez Vilaríño —que el autor del artículo de *Vida Gallega* retrata como «estimable tribuno y discre-

to escritor»— hizo posible que la original propuesta del tabernero monfortino se llevase a la práctica. Hermida Balado cuenta que ambos, alcalde accidental y vinatero, encabezaron «la original caravana hacia la Cibeles, solo presenciada por los madrileños más trasnochadores y por don Gabino Bugallal [alude con toda certeza al conde de Bugallal, político conservador nacido en Ponteareas y ministro en varias ocasiones entre 1902 y 1920] que, noticioso de ella, no quiso perderse el espectáculo de su paso alegre por la calle de Alcalá, presenciándolo desde un balcón del Casino de Madrid».

La última taberna consagrada en Madrid al copeo exclusivo de vinos gallegos

El singular episodio que recoge la revista *Vida Gallega* en un número publicado en el año 1958 concluyó frente a la fuente madrileña con «discursos jocundos y versos llenos de humor cantando a la Cibeles y a los vinos de Galicia, especialmente al del Monte del Castelo». Cuenta además Hermida Balado que, en su condición de alcalde accidental, Rodríguez Vilaríño firmó un certificado de la celebración del acto que pasó a manos del tabernero monfortino y fue luego expuesto en su local. «La *Época* [periódico conservador vespertino que se publicó en Madrid entre 1894 y 1936] se hizo eco de la humorada y al día siguiente era comentada con frases de simpatía para Rodríguez Vilaríño en las tertulias caseras de los próceres políticos más apegados a Galicia en aquellos tiempos: don Guillermo de Osma, don Eugenio Montero Ríos o don Javier García de Leñiz», señala el antiguo cronista oficial de Monforte.

Según narra Hermida Balado, Hermógenes Neira también sacó de su original ofrenda a la Cibeles los réditos que perseguía. En una pared de la taberna de la calle Huertas —próxima a la plaza de Santa Ana, muy cerca del Casino de Madrid— hizo pintar días después en grandes caracteres la inscripción alusiva a su vino *¡Hasta la Cibeles lo bebió!*. «Debajo de la frase mural colocó, para acreditarla, el certificado del alcalde, encuadrado en rico marco. Y, obligado por el acoso de la concurrencia a su establecimiento, empezó a administrar más que nunca su escasa cosecha del Monte del Castelo para obsequiar a los amigos, y a despachar, al amparo de este nombre, vinos con más o menos acento gallego, pero que pasaban por tales», dice el cronista.

Carreras para sus hijos

«Neira pudo dar carreras distinguidas a sus hijos y, enriquecido, traspasó el local de su taberna antes de morir», añade el autor del artículo. Fue aquella taberna, se lamenta en su crónica, la última de Madrid «consagrada exclusivamente al copeo de vinos gallegos». La más parecida a la del cantinero que se encomendó a la diosa Cibeles estaba situada en la rinconada del Arco de Cuchilleros, junto a la Plaza Mayor y cerró poco antes de la publicación de ese número de *Vida Gallega*. La moda del turismo «en pos de lo *typical*» acabó por imponer otro tipo de locales. Nacían así los nuevos colmados «con decoración a base de trabucos».